

Las nuevas ideas en el Madrid de Unamuno (1800-1884)*

Rafael Chabran

Madrid era un hervidero de nuevas ideas cuando Unamuno llegó en 1880. Mientras el apogeo del krausismo iba pasando, los «fuertes vientos del racionalismo todavía soplaban»¹. Esta efervescencia se acusó de manera extraordinaria en la filosofía con la reciente llegada del hegelianismo y el positivismo. La metáfora militar «guerra de ideas»² describe acertadamente las variadas conmociones y agitaciones intelectuales que suceden en Madrid durante la última mitad del siglo XIX. Entre éstas se encuentran los continuos conflictos entre católicos tradicionalistas y krausistas; entre krausistas, católicos y positivistas; así como las polémicas entre darwinistas y antievolucionistas. Para cuando el joven Unamuno llega a Madrid, la mayoría católica todavía divulgaba las apologías de Balmes y Donoso Cortés, siguiendo ahora un criterio de renovado neotomismo. Entre las figuras más importantes de este movimiento se encuentran Ortí y Lara y el Cardenal Ceferino González. El clima intelectual de Madrid estaba aún revuelto debido a los alborotos originados por la ebullición del krausismo, el positivismo y el darwinismo. Los sectores conservadores de la sociedad española miraban con recelo el aumento de estas nuevas corrientes filosóficas. Justo cinco años antes de la llegada de Unamuno, Manuel Orovio, Ministro de Fomento y Director de Instrucción Pública, había emitido su famosa «Circular». Este decreto estipulaba que los profesores universitarios tenían que someter su plan general de curso y los textos a la inspección y aprobación del Gobierno.³ Los krausistas, que eran el principal objetivo de Orovio, veían en el Gobierno, una vez más, una clara violación de su libertad académica, y, por lo tanto, no obedecieron. La respuesta del Gobierno fue rápida y severa. Los krausistas no solo fueron destituidos de sus puestos en la

* Artículo extraído de su Tesis Doctoral *The Young Unamuno: his Intellectual Development in Positivism and Darwinism (1880-1884)*. San Diego, University of California, 1983.

¹ *Paz en la guerra*, (Madrid: Espasa-Calpe, 1964), p. 49; «era la época en que con el Krausismo soplaban vientos de racionalismo».

² Esta metáfora procede del título del trabajo de José Castillejo, *Guerra de ideas en España* (Madrid: Revista de Occidente, 1976). Publicada por primera vez en 1937 con el título de *Guerras de ideas en España*.

³ V. Cacho Viu, *La Institución Libre de Enseñanza* (Madrid: Rialp, 1962), pp. 282 y ss.

Universidad, sino que en muchos casos también fueron encarcelados y enviados al exilio. Sólo en 1881, con la llegada al Gobierno de Sagasta y el nuevo Ministro de Fomento Jose Luis Alvareda, se les permitió a los profesores censurados volver a sus cátedras.

Filosóficamente hablando, el krausismo tuvo tres oponentes: los tradicionalistas (y neo-católicos), los neo-kantianos y los positivistas. Los principales ataques del lado católico aparecieron en los escritos de Francisco Javier Caminero, J. M. Ortí y Lara y M. Menéndez Pelayo.⁴ Los cargos de los que se acusaba a los krausistas consistían en que estaban creando una sociedad secreta fundada en el panteísmo con el fin de infiltrarse en la Universidad Española a fin de corromper a su juventud.⁵ Se les consideró enemigos de la unidad religiosa de su país.

Sin embargo, el krausismo fue muy popular, especialmente desde 1860 a 1870.⁶ La popularidad de este extraño fenómeno filosófico, con sus complicadas nociones de panteísmo, racionalismo armónico y filosofía del derecho, ha sido el tema de muchas investigaciones históricas. Según López Morillas, esta filosofía tan llena de complejidades metafísicas y áridos términos, echó raíces en España porque existía una clase de intelectuales sumida en un clima de esperanzas intelectuales defraudadas.⁷ Buscaban algo nuevo. Para este grupo de pensadores, los paradigmas tradicionales estaban muertos o anticuados. Su visión de la ciencia y el conocimiento rechazaba estas «fórmulas muertas». Estaban deseosos de ideas nuevas con las que proveerse de una nueva ética y punto de vista religioso que, al mismo tiempo, pudieran también incluir en sus nuevas y progresivas perspectivas políticas. No creían en un sistema rígido y complicado de filosofía idealista, sino en un camino de pensamiento y sentimiento común.⁸ Esta visión se caracterizó por un espíritu de armonía, una fuerte creencia en la ciencia, un racionalismo y unas actitudes particulares hacia la ética, la religión y la educación. Poco después, especialmente en la época de Unamuno, el krausismo, en sus diferentes formas de *institucionalismo* y *krauso-positivismo*, fue más influyente en la pedagogía, filosofía del derecho, sociología, historia y política.⁹

¿Cómo reaccionó el joven Unamuno ante el krausismo? Como Pachico, su alter-ego en la ficción, cayó también, de alguna forma, baja su influencia. Recientemente, hubo cierta controversia acerca de si Unamuno había tomado contacto con los krausistas mientras se encontraba en la Universidad de Madrid, y hasta qué punto pudo dejarse influir por ellos. M. D. Gómez Molleda, en su trabajo *Los reformadores de la España contemporánea*, establece que Unamuno no solo leyó algunos trabajos krausistas sino que también asistió a las clases de Giner de los Ríos en la Universidad. Otros estudiosos no asumen con tanta facilidad que

⁴ Juan López Morillas, *El krausismo español* (México: FCE, 1956), p. 185. Para un esbozo de la posición católica ver «El krausismo y la Institución Libre de Enseñanza» en G. Fraile, *Historia de la filosofía española* (Madrid: BAC, 1972), V. 2, p. 122 y ss.

⁵ M. Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (Madrid: BAC, 1956), Libro 8, Capítulo III, Parte II, p. 1074 y ss.

⁶ Ver de P. E. Russell's «General Editor's Foreward» en la versión inglesa de la obra de López Morillas, *The Krausist Movement* (Cambridge Univ. Press, 1981), vii.

⁷ López Morillas *The Krausist Movement and Ideological Change in Spain, 1857-1874* (Cambridge: Cambridge Univ. Press, 1981), ver «Prefacio a la edición inglesa», xiii.

⁸ López Morillas, *The Krausist Movement*, p. 134. Ver también de E. Díaz, *La filosofía social del krausismo español* (Madrid: Edicusa, 1973).

⁹ López Morillas, xiii.

existiera algún contacto diario.¹⁰ B. Delgado Criado es el más crítico hacia la posición que adopta Gómez Molleda.¹¹ Aunque acepta que la influencia del krausismo se respiraba en el ambiente de la Universidad, Delgado no cree que Unamuno asistiera a las clases de Giner, ni que el propio Giner tuviera ningún contacto con el pensador vasco mientras éste residió en Madrid.¹² Empleando argumentos muy convincentes, basados en su lectura del ensayo de Unamuno «La afanosa grandiosidad española», Delgado señala las palabras de Unamuno afirmando que no se formó en la corriente krausista, y que solo estudió su discurso a través de resúmenes y traducciones adaptados.¹³

Posteriormente, Gómez Molleda publicó la correspondencia entre Unamuno y Giner.¹⁴ Sin embargo, ésta no comienza hasta 1899. Tal y como Delgado observó, una de esas cartas, concretamente la del 27 de Diciembre de 1899, indica que el filósofo vasco no se encontró con Giner hasta que fue a Bilbao a prepararse para sus oposiciones en el año 1888.¹⁵ Unamuno conoció y mantuvo tempranos contactos con otros krausistas e institucionalistas, además de con Giner de los Ríos.¹⁶

Muchos de los profesores de la Universidad Central fueron krausistas o tuvieron estrechos vínculos con ellos. Existen varias referencias a Krause y al krausismo en los primeros escritos del joven Unamuno, como en el «Programa de psicología», «Lógica y ética» y en la obra «Filosofía lógica». Éstas fueron escritas en 1886.¹⁷ Es evidente, por lo tanto, que en lo que se refiere a las preferencias filosóficas de Unamuno, éste demostró un interés mayor por Kant y Hegel que por Krause. El pensador vasco lo indicó así en su ensayo ya mencionado «La afanosa grandiosidad española»: «No estoy formado en el krausismo ni he leído nada de Krause excepto a través de algunos resúmenes traducidos. A los que sí que he leído son a Hegel y a Kant»¹⁸. Aunque en ocasiones criticó a los krausistas, debido a su difícil filosofía y a su torpe discurso filosófico, Unamuno conocía la importancia de su pensamiento. Más tarde, a lo largo de su vida, recuerda a los lectores españoles que hay que volver sobre el krausismo: «...movimiento rico y espiritual», el cual fue, según Unamuno, «en su esencia el más español»¹⁹. Sin duda, el joven Unamuno fue testigo de las críticas al krausismo, mientras estudiaba en Madrid. Los ataques contra el pensamiento krausista se pueden encon-

¹⁰ M. D. Gómez Molleda, *Los reformadores de la España contemporánea* (Madrid: CSIC, 1966) Capítulo XI, p. 385 y ss.

¹¹ B. Delgado Criado, *Unamuno educador* (Madrid: Magisterio Español, 1978).

¹² B. Delgado Criado, pp. 81-100.

¹³ «La afanosa grandiosidad de española», *Obras Completas (OC)*, edición de Manuel García Blanco (Madrid: Afrodísio Aguado, 1958), V. 8, pp. 717-721.

¹⁴ M. D. Gómez Molleda, *Unamuno: «Agitador de espíritus» y Giner correspondencia inédita* (Madrid: Narcea, 1977).

¹⁵ Delgado Criado, pp. 82-83.

¹⁶ Entre ellos se encuentra U. González Serrano y A. Calderón. Unamuno mantuvo correspondencia con González Serrano. Sus cartas se encontraron en su Casa Museo. Se menciona también a González Serrano en las cartas de Unamuno a Arzadun. Aparecen en ellas muchas referencias a A. Calderón. Ver, por ejemplo, estas en *OC*, 8, pp. 719-720.

¹⁷ Se consultaron estos documentos en la Casa Museo.

¹⁸ «La afanosa...» *OC*, 8, p. 719: «yo ni fui formado en él ni he leído a Krause más que en resúmenes traducidos. Al que leía, y para aprender en el alemán, era Hegel. ¡Y Kant claro!». En el mismo pasaje, Unamuno cuenta cómo era el clima intelectual de Madrid: «Pero llegué a respirar el aire espiritual krausista, difuso todavía en el ámbito culto, allá por los años 1880...».

¹⁹ «La afanosa», p. 718.

trar en todos los textos de filosofía que Unamuno estudió: Balmes, Ortí y Lara, Fray Ceferino y Menéndez Pelayo. A pesar de ello, el joven Unamuno, con su característico espíritu independiente, siempre encontró elementos positivos en dicha corriente.

El clima intelectual de Madrid estaba plagado de otras ideas además del krausismo. Como Pachico en *Paz en la guerra*, el joven se atrevió con ciertos «pedazos» y fragmentos de Hegel y del positivismo, durante los años que vivió en Madrid: «Mil ideas vagas y resonantes, de retazos de Hegel y del positivismo»²⁰. El positivismo fue uno de las corrientes filosóficas más importantes de ese momento. Su popularidad e importancia se pueden documentar en muchos otros escritos de este periodo. Eduardo Sanz y Escartín, un escritor social y político de este momento escribió lo siguiente sobre la importancia y popularidad del positivismo, y en especial de la filosofía de Herbert Spencer: «El evolucionismo de Herbert Spencer halla gran acogida especialmente en los consagrados al estudio de las ciencias naturales. Mientras que la Escolástica domina en las esferas de la ciencia oficial, el evolucionismo penetra y arraiga en muchas inteligencias jóvenes. El escolasticismo es lo que aparece en la superficie; pero la idea de evolución anima y vivifica el fondo, y, o muchos nos equivocamos, o a ella pertenece el porvenir»²¹.

Tal y como Sanz y Escartín señalan el positivismo fue especialmente popular entre los jóvenes intelectuales españoles.

Solo recientemente, el estudio del positivismo ha recibido una atención crítica. La escasez de investigaciones en esta área de la historia intelectual española se remedió gracias al importante trabajo de Diego Núñez Ruiz.²² La investigación sobre la introducción, transmisión y recepción social del positivismo y darwinismo, junto con el trabajo de Thomas Glick, contextualiza los elementos filosóficos significantes de la atmósfera intelectual de Madrid en el momento en el que Unamuno llega a esta ciudad.²³

El positivismo se introdujo en España en la década de 1870. Uno de los más importantes acontecimientos que contribuyeron a la difusión de esta corriente filosófica fueron los debates en el Ateneo entre los años 1875 y 1876. El tema de estos debates fue el siguiente: «¿en la actualidad la corriente positivista de las ciencias naturales y de la filosofía constituye un serio peligro para los cimientos morales, sociales y religiosos?, ¿en qué descansa la civilización?»²⁴ En los debates

²⁰ *Paz en la guerra*, p. 50.

²¹ Eduardo Sanz Escartín, publicación de Psicología de U. González Serrano en *Revista de España*, 83 (1881), pp. 392-410. El primer número del *Manual de psicología, lógica y ética* fue *Psicología* (Madrid: Victoriano Suárez, 1880-1887). González Serrano fue un krausista que más tarde se convertiría al Positivismo.

²² Diego Núñez Ruíz, *La mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis* (Madrid: Tucur, 1975). Esta es una excelente historia del positivismo y sus muchas facetas (kraus-positivismo, neokantismo, etc.), en España. El trabajo también contiene importantes investigaciones sobre la recepción social del pensamiento positivista y evolucionista en España. Sin los estudios y sin la amistad del profesor Diego Núñez, realizar el presente trabajo habría sido muy difícil.

²³ Thomas Glick, «La recepción del darwinismo en España en dimensión comparativa», en *Actas III*, Congreso Nacional de Historia de la Medicina I, 193-200, y «Spain» en T. Glick (ed.) *The Comparative Reception of Darwinism* (Austin: Texas, 1974), pp. 307-345. Ver también de D. Núñez *El darwinismo en España* (Madrid: Castalia, 1977) y la reciente obra de Glick *Darwin en España* (Barcelona: Ediciones Península, 1982).

²⁴ Diego Núñez Ruiz, *La mentalidad positiva*, pp. 45-48; Cacho Viu, *La institución Libre*, pp. 332, y 336; J. J. Gil Cremades, *El reformismo español* (Barcelona: Ariel, 1969), 185 y ss.

se atacaba al krausismo desde tres frentes: los krausistas (Azcarate y U. González Serrano), los tradicionalistas (y neo-católicos) y los eclécticos (Moreno Nieto). Se le atacó primero alegando que podía llegar a corromper los fundamentos morales de la sociedad. Los católicos se opusieron al positivismo porque pensaban que era ateo y que atraería el materialismo. Los positivistas como Simarro, Revilla y Perojo respondieron que su filosofía, especialmente como se encontraba en el trabajo de Herbert Spencer, podría liberar el pensamiento de la especulación metafísica y colocarlo en los fundamentos firmes de los métodos científicos y experimentales.²⁵

Con la llegada del positivismo, también llegó el pensamiento evolucionista y el materialismo-monista alemán. Tal y como Nuñez señaló, la evolución fue un componente importante tanto del positivismo como del krauso-positivismo español.²⁶ La introducción del pensamiento evolucionista en España se centró en la difusión de los escritos de Darwin y Haeckel. Como Glick y Nuñez observaron, el paradigma del evolucionismo invadió todos los campos del estudio académico.²⁷ Tan grande fue su popularidad que un escritor de este momento se llegó a quejar de que la religión, la política y todas las ciencias sociales quedaban reducidas a «una teoría biológica»²⁸. Los que atacaron al darwinismo lo hicieron principalmente desde una mentalidad teocrática católica.²⁹ Sin embargo, con el paso del tiempo, incluso la posición de la Iglesia se moderó. A pesar de las violentas controversias, no siempre basadas en un conocimiento científico bien documentado, el darwinismo en España se puso de moda. La prensa de finales del siglo XIX está llena de referencias al pensamiento evolutivo. Este marcado interés por la teoría de la evolución se inicia a comienzos del año 1860; lo sabemos por las primeras traducciones de la obra de Darwin que aparecieron entre 1876 y 1877.³⁰

Algunos intelectuales y científicos españoles, especialmente aquellos que estaban relacionados con grupos republicanos radicales y anarquistas, no se sintieron satisfechos ni con el monismo especulativo de los krausistas ni con el positivismo de Spencer. Estos pensadores se interesaron por los escritos de Buchner, Vogt, Molschott y Haeckel. Sus filosofías del materialismo-monista alemán ofrecían una total secularización del pensamiento, una concepción materialista del Universo y un punto de vista evolucionista del desarrollo. Los escritos de Haeckel fueron muy populares en España. Sus ideas rechazaban tanto la revelación como las restantes concepciones tradicionales de la fe religiosa. También criticó

²⁵ Nuñez, *La mentalidad positiva*, p. 47.

²⁶ Nuñez, *La mentalidad positiva*, ver Capítulo 3, «El Krausismo positivo», p.77 y ss. Para más información sobre el krauso-positivismo, ver Francisco Laporta, *Adolfo Posada: política y sociología en la crisis del liberalismo español* (Madrid: Edicusa, 1973) y E. Lamo de Espinosa, *Política y filosofía en Julian Besteiro* (Madrid: Edicusa, 1963).

²⁷ Glick en «Spain», *Comparative Reception*, pp. 307-345; y Nuñez en su «Estudio preliminar» de *El darwinismo en España*.

²⁸ Joaquín Sánchez de Toca, «La doctrina de la evolución de las modernas escuelas científicas», *Revista Contemporánea*, XXI (1879), p. 56.

²⁹ Glick, «La recepción», 193-200; y Nuñez, *El darwinismo en España*, p.31 y ss. Tal y como Glick y Nuñez han observado, la posición de la Iglesia cambió desde el rechazo externo con fuertes ataques hasta la posición de la consolidación.

³⁰ Ver mi trabajo inédito: «Evolutionary Thought in Spain: Translations, Reception, Polemics and Celebrations», UCSD, Octubre, 1981.

la influencia de la iglesia en la educación y en la política. Esta posición les resultó muy atractiva a los intelectuales anticlericales españoles.³¹

El joven Unamuno también encontró en Madrid los restos de otros dos conflictos intelectuales: la polémica que rodeó a las traducciones de la obra *La historia de los conflictos de la Religión y la Ciencia* de Draper, y las controversias a cerca de la Ciencia en España.³² Es fundamental tener en cuenta estos debates como parte de los ataques generales contra el krausismo y de la recepción del pensamiento positivista y evolucionista en España. El trabajo de Draper narra la historia de lo que éste consideró como la oposición fundamental entre Religión y Ciencia. Este conflicto surge a causa del antagonismo inherente entre el carácter inmovilista (estático) de la Religión y la naturaleza dinámica y progresiva de la Ciencia (o el conocimiento). La Iglesia recibió de Draper las críticas más duras, y esto se debió a su pronunciado conservadurismo en las disputas científicas (Galileo, Copérnico y Kepler). Como James Moore mostró, la obra de Draper es precursora del conjunto de la literatura que floreció durante el periodo de las controversias post-darwinianas entre 1870 y 1990.³³ En esta obra abunda el uso de metáforas militares («conflicto», «arte militar», etc.), que fueron empleadas para marcar el antagonismo y oposición entre Religión y Ciencia.³⁴ El libro de Draper fue un best-seller en todo el mundo.³⁵ En España se tradujo y reeditó varias veces. Su trabajo fue muy popular entre krausistas y positivistas, aunque no fue tan apreciado por la Iglesia, como cabe imaginar. En septiembre de 1876 el trabajo se incluyó en el Índice. Dos años más tarde, en 1878, la Academia Española de las Ciencias Morales y Políticas respaldó un concurso para evaluar los mejores trabajos que pudieran atacar la obra de Draper.³⁶ Entre 1879 y 1883, aparecieron al menos diez de sus trabajos. La mayoría de los ataques hacia Draper se basaban en su apología del neotomismo. Los oponentes se centran en las premisas básicas de su argumento: la naturaleza de las relaciones entre Fe y Ciencia. Los apologistas afirmaban que la verdadera ciencia y la verdadera religión no tienen por qué entrar en contradicción. Para ellos, la posición de Draper no representaba la «verdadera ciencia». La mayoría de los ataques a Draper también contenían duras críticas contra Darwin y Spencer.³⁷

Estrechamente relacionada a la controversia sobre Draper se hallaba la cono-

³¹ Núñez, «La difusión del naturalismo germánico», *La mentalidad positiva*, pp. 187-198.

³² John William Draper, *History of the Conflicts Between Religion and Science* (New York: Appleton, 1898). La primera edición aparece en 1875 como el V. 13 de las *International Scientific Series*. Existen muchas traducciones al español, ver A. Palau, *Manual del librero* (Barcelona: 1951), V. 4, 530. Una de las ediciones más notable es la de J. W. Draper, *Conflictos entre la religión y la ciencia* (Madrid: 1876), traducción de A. T. Arcimís prologada por N. Salmerón.

³³ James R. Moore, *The Post-Darwinian Controversies* (Cambridge: Cambridge Univ. Press, 1981). Sobre Draper, ver también de D. Fleming *John William Draper and The Religion of Science* (Philadelphia: University of Philadelphia Press, 1950), y de O. Chadwick *The Secularization of The European Mind in The Nineteenth Century* (Cambridge: Cambridge Univ. Press, 1977), Cap. 7, p. 166 y ss.

³⁴ Ver de Moore el Cap. 1 «Draper, White and The Military Metaphor», p. 19 y ss.

³⁵ Fleming, p. 134.

³⁶ *Ibidem*. Para el contexto de la Academia Española de Ciencias Morales ver de M. Menéndez Pelayo su *Historia de los heterodoxos*, 2, pp. 1182-1188, y G. Fraile, pp. 112-113.

³⁷ Los comentarios sobre Draper de M. Menéndez Pelayo (*ibidem*) constituyen un buen ejemplo de ataques a la verdad del evolucionismo y del positivismo. Ver también de C. González *La Biblia y la Ciencia* (Madrid: 1891), pp. 157-158.

cida polémica sobre la Ciencia Española.³⁸ Ésta surge en 1876 cuando G. Azcarate escribe un artículo sobre teoría política en el que establece que la actividad intelectual y la Ciencia en España padecían un importante atraso debido al Absolutismo y a la Inquisición. El famoso erudito español M. Menéndez Pelayo respondió a la afirmación de Azcarate en dos grandes trabajos: *La ciencia española e Historia de los heterodoxos españoles*. Ésta última se publicó entre 1880 y 1882, es decir, durante los primeros años de estancia de Unamuno en Madrid. En el primer trabajo, Menéndez Pelayo defendió lo que él consideraba qué era la tradición científica de España, citando muchos ejemplos de estudiosos españoles que se había dedicado a la «verdadera Ciencia (Católica)». La segunda obra, *Historia de los heterodoxos españoles*, es una crónica de esos españoles que de una manera o de otra, según el autor, se desviaron del pensamiento católico español. Los puntos de vista filosóficos y científicos heterodoxos son comparados con sentimientos anti-patrióticos hacia España. El tratamiento de la filosofía y de la ciencia desde 1834 a 1868 es muy interesante. Menéndez Pelayo ataca a la frenología krausista, al materialismo, al positivismo y al pensamiento evolucionista tanto como al kantismo y al hegelianismo.³⁹ En toda la obra el autor elogia el pensamiento apologético católico de un Balmes o de un Donoso Cortés.⁴⁰ Este breve resumen del clima intelectual de Madrid nos prepara para relatar cómo se desenvolvió el joven Unamuno en la Universidad Central.

EL JOVEN UNAMUNO COMO ESTUDIANTE DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

No tenemos fotografías del joven vasco en el momento de su entrada en la Universidad. La única que se conserva de los años de Madrid es en la que aparece con su clase en la orla de graduación de 1882-1883 para celebrar su Licenciatura.⁴¹ Al contemplar la fotografía nuestros ojos buscan su rostro. En el lado derecho de la orla, encontramos el retrato de Unamuno con su nombre escrito en la parte superior y su lugar de nacimiento en la parte inferior. Casi inmediatamente, recordamos su retrato de bachiller realizado por Marcoartu en 1876, cuando tenía 12 años.⁴² En dicho retrato, que hoy se puede ver en su Casa Museo, la cabeza es grande y su cara tiene forma triangular. Sus labios son pequeños y las cejas pronunciadas. En la fotografía de la orla podemos apreciar un gran contraste. Ésta foto revela que el muchacho extraño y algo feúcho se había convertido en un joven bien parecido. Las líneas de su cara no parecen tan severas como en su retrato más temprano. Sus intensos ojos son su rasgo más caracterís-

³⁸ M. Menéndez Pelayo, *La ciencia española* (Madrid: Pérez Dubrull, 1887), V. 1. Sobre la discusión sobre la polémica de la ciencia española ver de P. Lain Entralgo, *España como problema*, 1, pp. 40-71; y de J. López Morillas, *The Krausist Movement*, pp. 127-132.

³⁹ M. Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos*, V. 2, Libro 8, Cap. 3, p. 1053 y ss.

⁴⁰ M. Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos*, V. 2, Libro 8, Cap. 3, p. 1005 y ss.

⁴¹ Esta fotografía se encontró entre los documentos del apéndice de este estudio. Aparece aquí gracias a la cortesía de Casa Calón de Salamanca.

⁴² El retrato de Marcoartu se encuentra en la Casa Museo. Éste se reprodujo con un comentario en la obra de Dionisio Pérez *Don Miguel de Unamuno. Ensayo de su iconografía* (San Sebastián: Artes Gráficas Azar, 1964), 35, Lámina II.

tico. Todavía no llevaba gafas; y aunque aún no tenía barba se puede apreciar ya un fino bigote. Al igual que en el retrato, parece muy serio y quizás algo preocupado. ¿Cómo sería tres años antes, cuando llegó por primera vez a Madrid? ¿Cómo se había cambiado?

La idea que tenemos del joven Unamuno en este periodo es la de un hombre alto, pálido y melancólico. Es serio, solitario y silencioso. Parece muy solo. Se encuentra en un lugar extraño, muy lejos de su tierra y de la gente que conocía mejor. En cierta forma es un joven provinciano y sin pulir.

En Madrid, el inevitable proceso de alienación y de destrucción de su espíritu provinciano está a punto de comenzar. Allí descubrirá un nuevo mundo. En este nuevo universo se replanteará, e incluso rechazará, muchas de sus creencias de cuando era niño.

Después de organizar sus cosas en la nueva habitación de la pensión, se pone en camino, sin duda, con mucha anticipación, para encontrar la Universidad y su facultad. Debió caminar por lo que ahora es la Gran Vía o quizás, a través del «Barrio de los krausistas» (calle Luna, Andrés Borrego, etc.). La Universidad se encontraba en la calle de San Bernardo y, todavía hoy, se puede visitar. Cuando llegó se encontró con otros estudiantes listos para empezar el proceso de matriculación.

La Universidad no era solo el centro de transmisión y recepción de ideas filosóficas, científicas y literarias, era también un centro de poder: poder político, económico y social.⁴³ Los estudiantes también fueron conscientes de este hecho. La mayoría estudiaba leyes o medicina. Los estudios de derecho eran la puerta adecuada para entrar en política o en el Gobierno.⁴⁴ Los alumnos de la Universidad eran por lo general de clase media o alta, y así tendían a identificarse con los intereses de esa clase. Cuando Unamuno llegó a la Universidad, ésta vivía un momento de transición. Estaba pasando por un periodo de tensión en el que la Ley de Moyano se había impuesto estrictamente. Los conflictos de las diversas «Cuestiones Universitarias» y la desaparición de los krausistas todavía llenaban el ambiente.⁴⁵ Sin embargo, con la llegada de Sagasta en 1881, la Universidad se dirigió hacia un periodo de reformas liberales. Los profesores krausistas volvieron pronto a sus cátedras. Los eventos más importantes no sucedían en la universidad, sino en el Ateneo y en la Institución Libre de Enseñanza, dos de las instituciones culturales más importantes de Madrid.

Unamuno se matriculó el 28 de Septiembre, un día antes de cumplir 16 años. Se incorporó a la Facultad de Filosofía y Letras para poder así obtener su título. Esta Licenciatura constaba de tres años de estudios. Durante ese tiempo, debían estudiar cuatro asignaturas por año. El primer año los estudiantes apren-

⁴³ José Luis Peset, «La Universidad española en los últimos años», *Boletín Informativo de la Fundación Juan March* (Octubre, 1980), pp. 34-40. Este trabajo es un resumen del proyecto de investigación dirigido por el Dr. Peset, que trata de la historia de la Universidad en España, durante los siglos XIX y XX.

⁴⁴ M. Peset *La Universidad española* (Madrid: Taurus, 1974), ver capítulo 20 «El estudiante burgués», p. 525 y ss.

⁴⁵ Para la conocida «Segunda Cuestión Universitaria», ver Cacho Viu, p. 282 y ss. Una obra aún más interesante sobre la Universidad es la de Julio Caro Baroja «El miedo al mono: o la causa directa de la Cuestión Universitaria en 1875» publicada en *El Centenario de la Institución Libre de Enseñanza* (Madrid: Tecnos, 1977), pp. 23-41. En este artículo, Caro Baroja argumenta que los profesores krausistas fueron atacados no sólo porque eran krausistas, sino porque también creían en el pensamiento evolucionista.

dían los Principios de la Literatura General (incluía Literatura Española); Griego I, Historia Universal y Metafísica.⁴⁶ El segundo año era una continuación del primero con la añadidura de una clase de Literatura Griega y Latina. Al mismo tiempo, Unamuno entró en contacto con algunos de los más notables profesores de Clásicas del momento: Luis Bardón y Alfredo Adolfo Camús. El autor vasco era especialmente bueno en Griego.⁴⁷ Podemos perfectamente imaginarnos a Unamuno, en su buhardilla enfrascado en la lectura de las *Lectiones Graecae* de Bardón.⁴⁸

Otra de las materias en la que Unamuno sobresalió fue en Metafísica. Como hemos visto antes, ya estaba muy interesado por la filosofía desde sus días de bachillerato en Bilbao. Su profesor fue Juan Manuel Ortí Lara (1826-1904), uno de los filósofos escolásticos españoles más importantes de su tiempo. Para la asignatura de Metafísica se le pidió que leyera la *Filosofía Elemental* de Fray Ceferino González.⁴⁹ En las clases de Ortí y Lara conoció los ataques de Fray Ceferino a Krause, a Büchner, a Moleschott, al positivismo y al darwinismo.⁵⁰ Aunque aprovechó bien las clases de Ortí y Lara, algunos años más tarde, Unamuno se quejaba frecuentemente de las enseñanzas de su profesor de Metafísica. Con frecuencia, se refería a Ortí y Lara como «Mi profesor, no mi maestro de Metafísica»⁵¹. A menudo las referencias que hizo de su profesor fueron extremadamente negativas. En una ocasión dijo de él que era: «Un pobre espíritu fosilizado en la forma más vacía de escolasticismo tomista»⁵². Su opinión respecto al autor del texto no era muy favorable. En una carta a Clarín, se refirió a Fray Ceferino como: «Un comentarista escolástico en el peor sentido de la palabra»⁵³.

Sobre la fotografía de Unamuno en su orla, encontramos el retrato de sus profesores de Historia: Manuel del Valle (1840-1914) y Miguel Morayta (1833-1917). Ambos enseñaban Historia Universal.⁵⁴ Del Valle se especializó en Geografía Histórica. También era un autor renombrado gracias a sus trabajos sobre

⁴⁶ Los materiales sobre los cursos, profesores y notas de Unamuno se obtuvieron de su *Expediente académico* (Alcalá de Henares, y las *Memorias-Anuarios* de la Universidad Central entre 1880 y 1884, que se encontró en el Archivo de la Universidad Noviciado.

⁴⁷ Para más información sobre Bardón (1817-1897) ver de Gómez Molleda *Los reformadores*, pp. 183, 188 y 387. Sobre Camús (1797-1886) ver Cacho Viu pp.146, 241-42. La fotografía de Camús aparece en la orla de Unamuno. Aparte de Bardón y Camús, Unamuno también estudió a los clásicos con Anacleto Longue. Ver fotografía.

⁴⁸ La biblioteca de Unamuno contiene un estudio comentado de la obra de Bardón, *Lectiones Graecae* (Madrid, 1759), es una gramática del griego que no sólo fue escrita y editada por Bardón, sino que también la imprimió. Unamuno obtuvo buenas notas en esta materia: sobresaliente durante los dos primeros años. También consiguió un Premio Extraordinario en su primer curso de griego y «Matrícula de honor» en el segundo.

⁴⁹ Juan M. Ortí y Lara (1826-1904). Sobre Ortí y Lara ver de G. Fraile *Historia de la Filosofía*, pp. 108-111. Unamuno leyó de González *Filosofía elemental* (Madrid, 1876). Ver de Fraile *Historia de la Filosofía*, pp. 117-119.

⁵⁰ González, *Filosofía elemental*, Prólogo, XVI, XXV, XXX.

⁵¹ «La evolución del Ateneo», *OC*, 10, p. 349 y «La afanosa», *OC*, 8, p. 719.

⁵² «La evolución del Ateneo», p. 349: «un pobre espíritu fosilizado en el más vacío escolasticismo tomista».

⁵³ Carta a Clarín fechada el 3 de abril de 1900 de *Epistolario a Clarín*, (ed.) A. Alas (Madrid: Escorial, 1941), p. 81.

⁵⁴ Sobre Manuel del Valle ver la *Enciclopedia Universal Ilustrada* (Madrid, Espasa Calpe), V, 66, 1084, y también de Gómez Molleda *Los reformadores*, pp. 185, 188 y 283. Del Valle mantuvo una estrecha relación con Salés y Ferre y también con Emilio Reus y Bahamonde, dos krausistas interesados en el Positivismo y en el Darwinismo; ver de Núñez *La mentalidad positiva*, capítulo 6. La biblioteca de Ortega contiene la copia de Spencer de Del Valle.

Spencer; y mantuvo estrechos lazos con los krausistas interesados en el darwinismo. Unamuno obtuvo una de sus peores notas en la clase de Del Valle.⁵⁵ El otro profesor de Historia de Unamuno, Morayta, es una de las figuras más interesantes en la historia intelectual española. Como Del Valle, mantuvo también estrechos lazos tanto con los krausistas como con los grupos republicanos, masónicos y anticlericales. Unamuno sacó muy buenas notas en su asignatura.⁵⁶

Después del primer año, el joven vasco se vio inmerso en la rutina académica. En la facultad, se dedicaba a asistir a clase y a estudiar. Como en sus primeros años en Bilbao, al joven Unamuno le gustaba estudiar, y lo hacía día y noche. Sin embargo, a pesar de lo antisocial que era Unamuno, no todo era estudio. Durante las largas tardes, después de la comida, podíamos encontrar al joven vasco en un café cerca de su pensión, tomando café, jugando al ajedrez u observando, en silencio, a los que juegan. Otros días, cuando tenía tiempo libre, iba de visita al Círculo Vasco-navarro; un lugar de reunión para los vascos en Madrid. También podemos imaginarnos a Unamuno paseando por la ciudad. Le gustaba caminar, y Madrid es un buen lugar para dicho pasatiempo.

Entre 1880 y 1882, Unamuno comienza a frecuentar el Ateneo de Madrid. Aunque las listas de miembros de este periodo no incluyen su nombre como socio, se sabe que él pasaba mucho tiempo allí. Cuando Unamuno comienza a acudir al Ateneo, éste estaba situado, simbólicamente, en la otra acera, calle Montera desde la Iglesia de San Luis, la iglesia a donde Unamuno: «iba a misa», y donde dejó de ser practicante. El Ateneo era considerado como uno de los centros culturales más importantes de Madrid. Muy recientemente, Ruiz Salvador, en su excelente estudio del Ateneo escribió que cualquier trabajo en España sobre el Romanticismo, el Naturalismo, el *laissez-faire* económico, el proteccionismo, el krausismo o el positivismo debía incluir un capítulo sobre el Ateneo.⁵⁷ En 1915, Unamuno recordaba la historia y evolución del Ateneo, y afirmaba que era «la institución cultural más famosa de España»⁵⁸, mucho más importante que la Universidad. No todos opinaban lo mismo del Ateneo. Para algunos, como el profesor de Metafísica de Unamuno, Ortí y Lara, el Ateneo era «la sede de la blasfemia en la calle Montera»⁵⁹. Para otros, tales como los positivistas, neokantianos y evolucionistas (Perojo, Simarro y Cortezo) el Ateneo era una especie de «café cultural y urbano con sus ventanas abiertas a Europa»⁶⁰. La sala más importante del Ateneo era, y es, la biblioteca. Conrado Solsona la describió en los siguientes términos: «Este es el lugar sagrado donde Donoso Cortés nació, donde Canovas perdió la vista, donde Castelar perdió su pelo y donde Moreno Nie-

⁵⁵ Unamuno logró la calificación de «Notable» en la asignatura de «Historia Universal, Primer curso» del profesor Del Valle. La otra única nota baja que obtuvo en la Universidad Central fue en Literatura General, en su primer año. Recibió en esta clase la nota de «Bien».

⁵⁶ Sobre Morayta ver Cacho Viu, p. 144, 146 y 288-290, y la *Enciclopedia Universal Ilustrada*, V. 36, p. 941.

⁵⁷ A. Salvador Ruiz, *El Ateneo científico, literario y artístico de Madrid (1835-1885)* (London: Tamesis, 1971), p. 11.

⁵⁸ «La evolución del Ateneo», *OC*, 10, p. 344: «La institución de cultura más famosa de España; más que cualquiera de sus Universidades».

⁵⁹ «La evolución del Ateneo», p. 349: «blasfemadero de la calle de la Montera».

⁶⁰ «La evolución del Ateneo», p. 348: «otro café, más culto y desde luego con algunas ventanas a Europa».

to murió»⁶¹. Esta fue, y aún es, una de las bibliotecas privadas de España. Como la biblioteca del tío de Pachico,⁶² la biblioteca del Ateneo fue el lugar donde empezó a reflexionar sobre los fundamentos filosóficos de su fe. Unamuno decidió racionalizar su fe. No podía aceptar por más tiempo el dogma que había heredado y sus creencias infantiles. Dejaría de ser uno de tantos que repiten sin pensar: «Creo cuanto cree y enseña la Santa Madre Iglesia»⁶³. Aunque sus dudas y su filosófico examen de conciencia le causaran muchas noches de insomnio y cierta *tormenta mental*, ya no podía aceptar las explicaciones de los trabajos de los apolo- gistas de la religión Católica.

Todo lo que Unamuno aprendió en Madrid lo aprendió solo. Él mismo reconoció que fue un autodidacta. La mayor parte del conocimiento adquirido lo obtuvo de sus lecturas. Algunos años más tarde se daría cuenta que lo que realmente había sido importante era «no lo que ellos me enseñan a mí, sino lo que yo he aprendido... ellos me enseñaron a leer»⁶⁴. Una de las obras más importantes que leyó en la biblioteca del Ateneo fue la de Hegel.

Hegel fue la influencia más notable en el joven Unamuno. Aunque aparecen numerosas referencias a este filósofo en sus escritos, ninguna es tan famosa como la que se muestra en una carta del autor vasco a Urales, escrita en 1901: «Aprendí alemán con Hegel, con el genial Hegel que ha sido uno de los pensadores que han dejado en mí una gran huella. Incluso hoy, creo que la raíz de mi pensamiento es hegeliano»⁶⁵. El interés de Unamuno por Hegel ha generado muchos estudios, incluyendo las investigaciones de Carlos Blanco y Pedro Ribas.⁶⁶ Probablemente, entró en contacto con el pensamiento de Hegel por vez primera a través de los libros de texto de filosofía (Balmes y C. González), aunque fuera de forma mínima y contradictoria. Su primer contacto directo con Hegel se sitúa en 1882, cuando comienza a estudiar alemán y a traducir la *Lógica* en el Ateneo.⁶⁷ Hegel proporciona al joven Unamuno la posibilidad del acercamiento a la realidad desde una perspectiva dialéctica. La lógica de Hegel, con su metodología dialéctica, ayudaría al joven Miguel con los problemas filosóficos que le preocupaban. Durante esos primeros años, Hegel y Spencer sustituyeron al pensamiento tradicionalista católico y al neo-escolástico, que fueron parte importante de la formación intelectual temprana del joven Unamuno.

⁶¹ Conrado Solsona, «El Ateneo de Madrid», *Revista de España*, 75 (1880), pp. 56-57. Rafael Gil en la *Revista de España* (1884) habla sobre la biblioteca del Ateneo como «una de las mejores bibliotecas privadas de España». En «La evolución del Ateneo» (345) se refiere a ésta como la «bien nutrida biblioteca». Con frecuencia la compara con la biblioteca de la Sociedad Bilbaína; ver «Madrid y Bilbao», *OC*, 10, p. 59.

⁶² *Paz en la guerra*, 49: «Dedicábase con ardor a la lectura, tragando los pocos libros de la biblioteca de su tío... Empeñábase en racionalizar su fe».

⁶³ *Paz en la guerra*, p. 49.

⁶⁴ *Recuerdos*, *OC*, 1, 308.

⁶⁵ Carta a Urales, ver de éste *La evolución de la filosofía en España*; editada por Rafael Pérez de la Dehesa (Barcelona: Laia, 1977), pp. 160-165, publicada primeramente en *Revista Blanca* (1902).

⁶⁶ C. Blanco, «Aspectos dialécticos de las *Tres novelas ejemplares*», *RO* (1964), pp. 51-59; Blanco, «El Socialismo de Unamuno», en *Juventud del 98* (Madrid: Siglo XXI), pp. 41-113. Tesis doctoral de Pedro Ribas, «Unamuno y la Filosofía Alemana», Universidad Autónoma de Madrid, Departamento de Filosofía, 1973; y Ribas, «Unamuno y Hegel», *CCMU* (1978), pp. 55-89. Le doy las gracias especialmente al profesor Ribas por la copia de la tesis, y por la amable ayuda que me ha prestado en todo.

⁶⁷ «La afanosa grandiosidad española» *OC*, 8, p. 719; ver también «La evolución del Ateneo», *OC*, 10, p. 349.

Durante 1882, científicos del Ateneo ofrecieron un ciclo de conferencias especial sobre las Ciencias Naturales: «Curso de Ciencias Naturales»⁶⁸. La mayoría de las clases se centraron en el acercamiento a dichas ciencias desde la perspectiva del positivismo y del pensamiento evolutivo. Mientras estas conferencias se desarrollaban en la Sección Científica del Ateneo, la Sección de Literatura discutía el papel del naturalismo en el arte. El año 1882 fue también importante para los científicos del Ateneo por otro motivo. El día 20 de abril los periódicos de Madrid informaban acerca de la muerte del notable naturalista inglés Charles Darwin (1809-1882). La noticia apareció en todos los periódicos: en el conservador *La Época*, en el republicano *EL Globo* y en el liberal *El Imparcial*.⁶⁹ Entonces, como ahora, era costumbre leer el periódico en la sala de prensa del Ateneo. Quizás fue en el Ateneo donde el joven Unamuno se enteró de la muerte de Darwin.

Sin embargo, por mucho que quisiera, Unamuno no podía pasarse todo el tiempo en el Ateneo. Durante su tercer año en la Universidad, es decir, durante el curso 1882-1883, su programa cambió significativamente con nuevas materias y nuevos profesores. En este año estudió Literatura Española con Antonio Sánchez Mogel (1838-1908), uno de sus profesores más instructivos e importantes; Historia de España con Manuel Pedrayo Valencia (1841-1902); Hebreo con Mariano Viscasillas (1835-1912); y Árabe con Francisco Codera y Zaydin.⁷⁰ Unamuno aprovechó al máximo su nuevo programa; sus calificaciones fueron excelentes.⁷¹ El acontecimiento más importante del año fue que tuvo la oportunidad de estudiar con Sánchez Mogel. Aunque a veces cambiaba de opinión, Unamuno iba a seguir siendo amigo íntimo de Sánchez Mogel, incluso después de la Universidad. Esto lo menciona con frecuencia en las cartas que dirige Unamuno a Pedro Mugica en 1890.⁷² Sánchez Mogel jugó un significativo papel en la introducción del estudio de la Filología Moderna en el currículo de la Universidad de Madrid. En sus clases sobre Literatura Española introdujo las nociones básicas de la Lingüística Románica y de la Historia de la Lengua Española. Entonces no existían programas universitarios oficiales o cátedras en Lingüística o Filología.⁷³

En junio de 1883, Unamuno realizó sus exámenes para obtener la Licenciatura. Su tribunal estaba compuesto por su profesor de Árabe, Francisco Codera y su profesor de Hebreo Mariano Viscasillas. Ambos aparecen con Unamuno en la orla.⁷⁴ El tema del examen de Unamuno era «El bien. Concepto del bien mostra-

⁶⁸ Sobre el «Curso de Ciencias Naturales» en el Ateneo entre 1881-1882 ver de A. Ruiz Salvador *El Ateneo de Madrid*, p. 151. Algunos de los científicos que participaron en estas lecturas (Rodríguez Carracido, L. Calderón, J. Rodríguez y Serrano Fatigati) tuvieron alguna relación con la Institución Libre de Enseñanza: Ver A. Jiménez-Landi «Científicos de la ILE» *En el centenario de la ILE* (Madrid: Tecnos, 1977), pp. 89-101.

⁶⁹ Núñez, *El darwinismo en España*. Ver también mi artículo todavía inédito «Unamuno y Darwin», UCSD, Octubre, 1981.

⁷⁰ M. García Blanco, «Prólogo», *OC*, 6, pp.12-13. La información se encontró también en el *Expediente académico* de Unamuno (Alcalá de Henares).

⁷¹ Unamuno fue galardonado con *Premios* en hebreo y árabe.

⁷² Ver la carta de Unamuno a Mugica en Fernández Larrain, p. 82. Ver también de García Blanco su «Prólogo», *OC*, 6, pp. 20-21.

⁷³ «La enseñanza del latín», *OC*, 3, pp. 24-25. Sobre Antonio Sánchez Mogel ver «La lingüística comparada. Estado de estos estudios en España» en *La teoría lingüística en la España del siglo XIX* (Madrid: Ed. Prensa Española, 1968), pp.163-164.

⁷⁴ Ver la fotografía de la lámina I; cortesía de Casa Museo de Salamanca.

do en la conciencia: orden»⁷⁵. Después del examen oficial que fue oral, le concedieron la calificación de sobresaliente, y así obtuvo el derecho a ser llamado «Licenciado».

No sabemos qué motivó al joven Unamuno a seguir estudiando. Quizás él mismo se diese cuenta de que era buen estudiante y que le gustaba estudiar. Además, Madrid era el único lugar donde se podía conseguir el Doctorado.

En el otoño de 1883, encontramos al joven Unamuno en un nuevo domicilio: Mesonero Romanos, 36.⁷⁶ Puede que se tratase de otra *pensión* para estudiantes parecida a su primera residencia. El 22 de septiembre el escritor vasco se inscribió en el programa de Doctorado en Filosofía y Letras. Como tenía buenas notas en Hebreo, Árabe e Historia de España, solicitó, para su último año de estudios, *matrícula gratuita*.⁷⁷ El programa de Doctorado consistía en un curso de un año y la presentación de la tesis doctoral. Este año fue uno de los más importantes y productivos en la formación intelectual de Unamuno. Durante ese tiempo le fue bien en las clases: Estética, Historia de la Filosofía e Historia Crítica de Literatura Española. En Estética tenía como profesor al Decano de la Facultad, Francisco Fernández González (1883-1912), un conocido krausista.⁷⁸ A Unamuno le agradaba Fernández González porque se interesaba por la Lingüística y, en particular, por la lengua vasca.⁷⁹ Al final de 1883-1884, Fernández González formó parte del Tribunal de tesis de Unamuno.

Sin embargo, no fueron las clases de este último año lo que le ocupó todo su tiempo. Parece que sus esfuerzos se dirigían a la preparación y realización de su tesis. Las bibliotecas de la Facultad de Filosofía y Letras entonces se encontraban en el Instituto de San Isidoro, en la calle Toledo, cerca de la Plaza Mayor, y la biblioteca del Ateneo ya no era suficiente para sus necesidades. Le fue necesario consultar los fondos de la Biblioteca Nacional, que estaba situada en la calle de la Biblioteca, número 10 (hoy calle Arrieta), esperando su nueva ubicación en Recoletos. Como cuenta en uno de sus últimos ensayos: «Concurría a aquella Biblioteca Nacional, sobre todo cuando me puse a preparar mi tesis doctoral sobre la historia del origen de la raza eusquera o vascuence. Qué horas de recogido trabajo en aquella biblioteca»⁸⁰. Tanto tiempo pasó trabajando en la biblioteca que los cañones de las plumas que utilizaba se hinchaban con la tinta de los tinteros de hierro. Constantemente tenía que consultar al bibliotecario encargado la referencia de un libro y la bibliografía, ya que los libros que necesitaba no se encontraban fácilmente en las numerosas colecciones de la biblioteca: «Y tener que ir casi siempre al cargo del índice, pues los libros que yo pedía, como no eran de los de pedido corriente, no los conocían los bibliotecarios de servicio diario»⁸¹. A menudo, los gruñones bedeles se quejaban de tener que buscar en las entrañas de la biblioteca esos viejos libros llenos de polvo escritos en extrañas

⁷⁵ M. García Blanco, «Prólogo», *OC*, 6, p. 13.

⁷⁶ *Ibidem*.

⁷⁷ *Ibidem*.

⁷⁸ Sobre Fernández González ver de Gómez Molleda *Los reformadores*, p. 184.

⁷⁹ Sobre el interés de Fernández González en los estudios del lenguaje del autor vasco, ver de A. Tovar *Mitología e ideología sobre a lengua vasca* (Madrid: Alianza, 1980), pp. 173-174 y 180.

⁸⁰ «Cruce de miradas», *OC*, 6, p.15.

⁸¹ *Ibidem*.

lenguas. ¿Cuáles eran esos libros?, y ¿cómo contribuyeron a la construcción del andamiaje intelectual del joven Unamuno?

Bajo la dirección de su profesor de Literatura, Sánchez Mogel, Unamuno se familiarizó con la escuela de Lingüística Histórica-Comparativa.⁸² Este grupo de especialistas en el lenguaje (Grimm, Rask, Bopp, Schleicher, Curtius, etc.) se interesaba por la descripción lingüística de las lenguas de la familia Indo-europea.⁸³ La mayoría de estos trabajos se centraban en estudios comparativos e históricos, acerca de las similitudes existentes entre fonología, gramática, léxico y la analogía genealógica.

La Historia de la Lingüística Comparada estaba empezando en España en la época en que el joven Unamuno la estudiaba. Desde 1879, muchos, como G. Laverde, habían lamentado el estado del estudio del lenguaje en España.⁸⁴ La crítica más seria vino de la pluma del profesor de Unamuno Sánchez Mogel. En su artículo «España y la Filología, principalmente neo-latina», publicado en 1880 en la publicación positivista *Revista Contemporánea*, Sánchez Mogel escribió lo siguiente sobre el estudio de la Lingüística en España: «podemos decir que estamos en la infancia... nuestros trabajos no han sido los de trasladar a nuestra lengua las obras maestras... de un Bopp, un Schleicher, un Ascoli, un Max Müller, un Whitney...»⁸⁵. La lectura de Unamuno de los autores mencionados por Sánchez Mogel le proporcionó algunas de sus ideas más básicas sobre el lenguaje y su estudio. Además, obtuvo los fundamentos teóricos necesarios para la tesis doctoral.

Traducción de *Laura Moraleja y Alfonso Moraleja*

⁸² «La enseñanza del latín», OC, 315. Ver las referencias a Sánchez Mogel en las cartas de Mugica, por ejemplo la carta del 29 de abril de 1890.

⁸³ En la tesis de Unamuno, «Crítica del problema...» (1884), se menciona a estos autores con notable frecuencia; y también en las cartas de Mugica. De la misma forma, se pueden encontrar muchos otros trabajos en la biblioteca de Unamuno.

⁸⁴ G. Laverde, «Dialecto asturiano», *La ilustración gallega y asturiana* (1879). Encontró en Mourelle-Lema, *La teoría lingüística*, 162.

⁸⁵ Sánchez Mogel, «España y la Filología, principalmente neo-latina», *Revista Contemporánea*, 25, (1880), pp.188-205. Unamuno habla a menudo a Mugica de las obras de Bopp, Schleicher, Ascoli, Müller y Whitney, y, o, los cita como referencia en su tesis doctoral.